



Diatriba contra la lectura

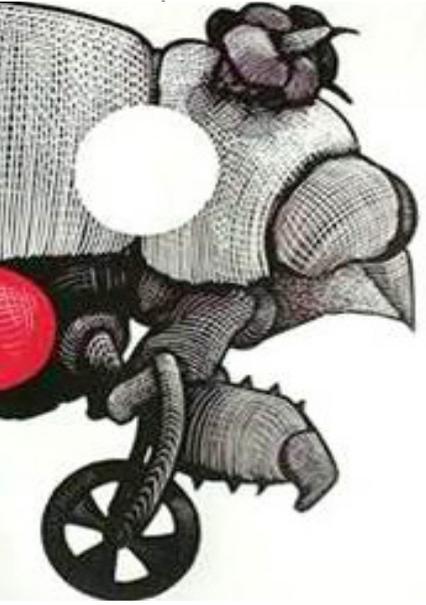
Evelia María Botana Montenegro
Universidad Veracruzana

Resumen

Diatriba contra la lectura es un texto de carácter irónico y humorístico que trata de desalentar la práctica de la lectura empleando argumentos falsos de autoridad, de mayoría, de causa-efecto y de ejemplo o experiencia personal, exponiéndolos de manera que parezcan lógicos y razonables.

Palabras clave

Lectura, ironía, factores contrarios, conveniencia social, riesgos.

Título: *Estuche ambulante* (fragmento) | Joel Alcázar

Diatribes Against Reading



Abstract

Diatribes against Reading is an ironic and humorous text intended to discourage the reading practice using fake arguments based on authority in most of the cases, from cause an effect and from personal examples and experiences, presenting them in an apparent logical and reasonable way.

Keywords

Reading, irony, opposite elements, social convenience, risks.

Diatriba contra la lectura

Mucho se habla en estos tiempos de que “los mexicanos no illegan a leer ni un libro al año” o “México no es un país de lectores”, contraponiendo esta imagen de pobreza cultural o, por lo menos, de escasez informativa a las variadas y abundantes lecturas que realizan los ciudadanos (y ciudadanas, perdón) de otros lugares del mundo. Sin embargo, habría que ver qué leen los que leen y a ver qué tanto nos estamos perdiendo, en vista de la gran cantidad

de paja que se acumula en la mayor parte de las mesas de las librerías. La información a la que accedemos por medio de la lectura también ha sido manipulada por los poderosos en turno, quienes a cada rato nos cambian el cristal con que miramos la realidad y la mejoran o empeoran, según su capricho y necesidad, así que uno nunca está muy seguro de estar informado “de a de veras” porque las estadísticas y las fuentes bibliográficas tienen una alta probabilidad de ser engañosas y estar amañadas. Para no hacerles el cuento más largo, y por un sano proceso de descarte, he llegado a la conclusión de que más me vale enfocar este artículo hacia algo más preciso y no ponerme a inventar paparruchas.

Así pues, habiendo como hay tantísimos panegiristas de la lectura y sus bondades, y ningún execrador de ella, con la falta que hacen personas que desalienten la lectura a nivel teórico, con conocimiento de causa, con un marco referencial como Dios manda, me he impuesto la noble tarea de redactar una diatriba contra la lectura; por lo tanto, me abocaré a la ardua tarea de disculpar a quienes no leen; como lo están leyendo, los voy a exculpar, a absolver, en una palabra. “Anda y no leas más, hijo mío.” ¿Qué tal? ¿Qué magnanimidad la mía!

Afortunadamente, tratar sobre el lado práctico de la lectura es otro cantar. Este discurrir será una actividad mucho más descansada que hacer proselitismo, porque aquí no hay que convencer a nadie, no hay que ganar adeptos ni transformar el cascajo en oro, ni demostrar nada, bendito sea Dios, por lo que el presente trabajo tendrá un carácter meramente descriptivo, mas no por ello menos importante, ya que versa sobre la realidad, tan soslayada, la pobre.

En la práctica, como decíamos en el párrafo anterior, el número de quienes no leen nada de nada, aun pudiendo hacerlo, está en constante evolución, es algo imparabile, un proceso meteórico. ¿Tendrá algo que ver la necesidad generalizada de trabajar más y en los más variados menesteres? Tal vez, porque en México y en cualquier otro lugar del tercer mundo y más aún, en las sociedades correspondientes a la numeración progresiva de los sucesivos mundos, la mayoría de la población en edad de ejercer cualquier actividad productiva, va al trabajo a las ocho de la mañana o mucho antes, se queda allí hasta que anochece e, inclusive, medio come y



medio duerme allí mismo, o de un , se va a otro y a otro hasta llegar a acumular varios quehaceres entre semana y completar, ocasionalmente con alguna chambita de sábado y domingo. Hasta que el cuerpo aguante, como suele decirse.

En este mismo orden de ideas, imagínense a uno de esos lectores irreductibles que fantasean con tumbarse donde se pueda con un libro en las manos como el momento más esperado del día pero, al llegar a su domicilio, después de una jornada laboral doble o triple, transportándose a lo largo y a lo ancho de nuestras extensas geografías, son muy otras las posibilidades que les aguardan, porque es la hora de cumplir con las demás obligaciones que también forman la vida de las personas; verbigracia, la familia, los asuntos domésticos, respirar de vez en cuando, etcétera. Si esto les pasa a quienes vaya usted a saber cómo, se hicieron del hábito de la lectura, imaginemos ahora el panorama de cero libros para la multitud que no sintió el llamado, porque, la verdad de las cosas, yo creo que esto de ser lector es un llamado, una vocación como cualquier otra, a la que pocos son los llamados y menos aún, los escogidos.

¿Quién es el o la valiente que en este panorama de aceleración inútil y constante va a leer algo? A ver, díganme, ¿a qué horas, en qué momento o lugar? Claro, hay personas que leen en los camiones, en las peseras, hasta en la oficina —cuando no hay gran cosa que hacer— o mientras esperan para pagar algo o hacer un trámite o en la cola del banco o antes de que los atienda el médico, el dentista o el peluquero... Seguramente leerán las fábulas de Esopo o las de Monterroso, los aforismos de Machado o las greguerías de Ramón Gómez de la Serna o cositas frívolas en revistas “del corazón” como les dicen los españoles, o alguna que otra noticia del periódico o semanario político o deportivo de su preferencia o “El libro vaquero”, “Lágrimas y risas”, sin faltar lectores de los primores del macramé o del atletismo sexual. Serán textos breves, porque una novela, por ejemplo, o un libro de poesía o un ensayo o un escrito científico leídos así, en ratos perdidos, exigen el doble esfuerzo de dejarlos y tener que retomarlos con la consiguiente laguna que a veces es casi un mar. Yo hablo por mí, que por eso de las lecturas fragmentadas, nunca he podido con Savater. Vaya usted a saber...

Definitivamente, esto de leer con viento en contra es tarea de romanos: hay que tener mucha voluntad y tozudez, siendo como son de abundantes los factores contrarios a la lectura, mismos que clasificaré en tres categorías, a saber:

- Distractivos, como músicas varias, sonidos y ruidos, figuras e imágenes publicitarias, fotos, películas y programas televisivos, teléfonos románticos y otros más coloraditos.
- Disuasivos, entre los que encontramos argumentos como "Tan corta que es la vida y tú leyendo"; "Haz algo de provecho"; "Primero la obligación y luego la devoción"; "Eso es literatura, nomás"; "¡Tanto leer te va a hacer daño a la vista!"; "Se te va a secar el cerebro"; "Deja ese libro que ya bastante en baba estás"; "Mujer que sabe latín, ni pesca marido ni tiene buen fin."; "¿Estudiar Letras? Nómbrame ¿a poco vas a ser poeta?"; "¿Vas a comprar más libros? Si no has leído los que tienes ahí!" o "Fulano (o Zutana) es raro/a: lee." o "Tu abuelo llegó hasta lo 90 años y nunca, óyelo bien, nunca leyó nada más que el calendario del más antiguo Galván"; "Mira a don Perengano: está podrido en dinero, no sabe leer ni escribir y ni falta que le hizo"; "Aquí lo que hace falta es ponerse a trabajar y no andar con novelerías." Se apela, entonces, a la poca practicidad o aplicación de la lectura, actividad propia de vagos, malentendidos, bohemios, intelectuales y toda laya de personas conflictivas, que no quieren progresar en la empresa competitiva de la vida; no les interesa ser capitanes de su equipo ni jefes de sus compañeros ni Señorita México ni salir en la página de sociales o cosa por el estilo; les gusta nadar contra la corriente y llamar la atención: Obviamente, no van a ser triunfadores en los concursos televisivos: ellos /as se lo pierden, muy su gusto ¿verdad? Además, andar por ahí con un libro abajo del brazo no le agrega a uno ni una pizca de atractivo y, mucho menos, de prestigio social, como sería el caso del carro del año, la ropa de marca, la joyería importada o un celular carísimo
- Para rematar, factores prohibitivos, derivados de la economía individual, familiar, nacional y supranacional, en la que libros, revistas y demás se han convertido en objetos suntuarios; es



decir, no esenciales para la vida de todos los días, con la salvedad de las lecturas obligatorias para cubrir los contenidos del plan de estudios de primaria, secundaria, preparatoria o universidad.

Habrás visto, ¿qué es eso de andar leyendo por gusto? ¿Alguien en su sano juicio gustará del tedioso ejercicio de recorrer los renglones con la vista, de pasar las páginas hasta que el montón de la derecha se recargue hacia la izquierda, de cansar los brazos sosteniendo el volumen, de atiborrar la memoria con las palabras y frases que acabamos de leer? Bien dicen que hay gente para todo.

Sin embargo, haber leído o hacer como que uno lo hubiera hecho, puede ser útil si uno se ve obligado a asistir a una exposición de escultura, fotografía, pintura o cerámica; a apersonarse en un concierto de la sinfónica, a sufrir la presentación de un libro o hasta pudiera ser una función de ballet o, peor tantito, de danza moderna, que uno nunca sabe a lo que se expone viviendo en una ciudad que se precia de su alto nivel cultural.

Recordemos que, en ciertos ambientes, con determinadas personas, queda muy fino sacar a relucir que uno también tiene sus lecturitas o, por lo menos, asentir o negar oportunamente con la cabeza o hacer visajes cuando nuestros ilustrados interlocutores expongan sus ideas, generalmente tomadas de alguna lectura, artística, social y políticamente conveniente. Si uno tiene aspiraciones de aumentar y mejorar su roce social, hay que dar la apariencia de ser el o la feliz poseedora de una nutrida y, eso sí, actualizada biblioteca, porque a todo trance hay que evitar ser tachado de decimonónico, sesentero ¡y hasta de ochentero! Horror al crimen, qué viejos estamos. O sea, es menester apegarse al sabio principio de que no sólo hay que ser sino también parecer, porque como te ven, te tratan ¿o no?

Si después de esta enérgica diatriba, todavía queda gente tan necia que a toda costa quiere leer, no sé para qué carambas, es posible recurrir a varios artilugios que beneficiarán al potencial y emperrado lector. Podremos escoger entre recursos tradicionales como Selecciones del Reader's Digest, que nos da todo escogido y abreviado, peladito y en la boca; resúmenes y reseñas bajados de

internet, hechos por algún desconocido, a su gusto y criterio y vaya a saber con qué intenciones y sofisticadas presentaciones de libros en CD, con dibujitos y toda la cosa. No cabe duda que hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad y que en poco tiempo más se habrán abolido libros, revistas, libelos, panfletos, recetarios, tratados, manuales y hasta la mismísima guía Roji, que algún día creímos inmovible.

¡Conciudadanos, seamos felices iletrados! A quienes han tenido la paciencia de escuchar este llamamiento a la desinformación y a la ignorancia, —idea que no es mía sino de los que llevan la batuta, tienen la sartén por el mango, menean el pandero y, en síntesis, parten y reparten para llevarse la mejor parte—, quiero exhortarlos una vez más a que no lean o, si los orillan y no tienen más remedio, lean lo menos posible, nomás para salir del paso. Total, leer para qué, no me digan que a alguien le interesa conocer pensamientos ajenos puestos por escrito, recuerden que eso de andar pensando se contagia y es una actividad riesgosa; como lo dice la Biblia, un libro antiguo muy famoso, “la verdad os hará libres” pero, aquí entre nos, a su protagonista le fue bastante mal, así que fíjense a lo que se exponen; están ustedes advertidos y si persisten en su nefasta conducta lectora, allá se lo hayan. La historia está repleta de quienes, con mejor o peor fortuna, impusieron su idea como la única buena y la línea vertical como la más bonita, realizando la ímproba labor de enlistar bibliografías prohibidas y quemar montones de libros, todo para impedir que sus contemporáneos (y aun los nonatos, cuando llegaran a escolapios) se entregaran al desaforado vicio de la lectura, de la lectura irrestricta, que subvierte el orden y hace papilla las reglas morales. Sin embargo, parece ser que las hogueras donde se ha retorcido tanto papel impreso no han tenido la efectividad que se les atribuía y que los libros son tan resistentes como las cucarachas, esos bichos espantosos que heredarán la tierra.

¿Cómo es posible semejante desatino? Imagínense, cada quien leyendo lo que le diera su regalada gana, a dónde iríamos a parar. Si alguien quiere enterarse con mayor detalle, no le va a quedar más remedio que leer, ni modo, libros como *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, *Rebelión en la granja* y *1984* de George Orwell; *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, *El nombre de la rosa* de Umberto Eco



y algún otro por el estilo, todo sea con fines de estudio, perdonen ustedes. Tengan cuidado de no leerlos muy seguido, no vaya a ser que les acaben gustando y yo me vea en la penosa necesidad de decirles ¡Se los dije!

Xalapa. Veracruz, un invierno anterior a la
pandemia

Recepción: Febrero 21 de 2022

Aceptación: Mayo 27 de 2022

Evelia María Botana Montenegro

Correo electrónico: evelia.botana@gmail.com

Nacionalidad: Mexicana. Reside en Xalapa, Veracruz. Maestra en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana. Adscrita a la Contraloría General de la Universidad Veracruzana como redactora y correctora de textos.